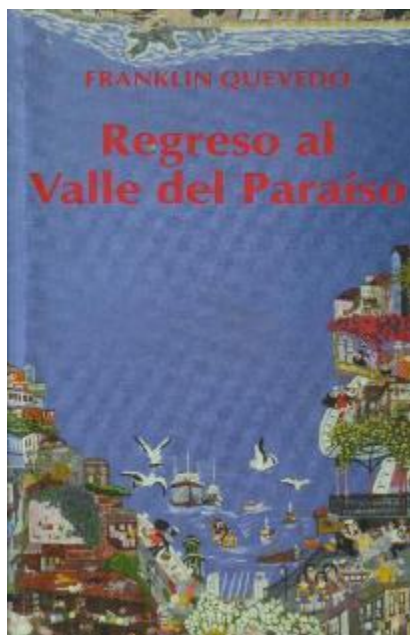


Clelia Stefans



Por Franklin Quevedo

El mes de María es una hermosa fiesta en el Convento de San Francisco. Sus altas naves de ladrillo cobijan no sólo a los muchachos y muchachas del Barón, sino también a los de los cerros vecinos.

Celebrándola, los adolescentes perdían la virginidad.

Las campanas de la torre rasgaban el aire del puerto con antigua sencillez. El crepúsculo reverberaba de aromas y de sonidos primaverales como un vendedor de remolinos en la plaza, mientras el verano atisbaba tras los cerros de Quintero. Verano de Valparaíso, inocente y promisorio como una liceana.

El coro sonaba en la Iglesia. Los invisibles vellos en los brazos de los adolescentes se estremecían igual que las teatinas en las lomas de los cerros.

¿Dónde estarás ahora, Clelia Stefans?

Subíamos en tropel la escalera del coro, para contemplar estáticos a los ángeles que desgranaban la Gloria con sus gargantas. Otras veces esperábamos al pie de la escala y las veíamos pasar. Las bonitas encendían la penumbra con sus sonrisas y nos palpaban el alma como la brisa roza la bahía en las tardes.

Así conocí a Clelia Stefans. El padre Marcos predicaba durante todo el mes contra Voltaire. Qué odio tan antiguo y tan tenaz. Las viejas de los conventillos repetían: ¡Volter! ¡Volter! Tal vez era el mismo demonio que el padre Marcos, tan sabio, prefería llamar así. No comprendíamos ni nos interesaban los espesos conceptos. Afuera, en lo alto, las campanas tañían y nosotros perdíamos la timidez para mirar a las niñas, mientras el coro transformaba en cristales los ladrillos. Ellas percibían nuestra presencia y jugaban con el rabillo del ojo. Los cirios danzaban en los vitrales y un incendio morado cubría a muchachos y muchachas.

Yo miraba a Clelia Stefans y todo era como un viento o como un río de esmeraldas encandilándome con sus verdes ojos.

Ella sólo me miraba a mí.

Los chiquillos, los pequeños, deseaban que terminara pronto el Mes de María y se iniciara la Novena del Niño, para soplar sus pitos y sus flautas estridentes, en medio del templo; qué lesos.

Cuando cerraba la noche y las estrellas cobraban toda su dimensión, las gigantescas mamparas del convento se abrían inundando el cerro de feligreses. Los muchachos se acercaban a las muchachas, se rehuían, se tocaban.

Esa noche, ella era sólo una esmeralda más oscura; desgraciadamente no pude observar bien dónde estaba, llevada y traída por la muchedumbre. Pero el Mes de María es largo, vendrían aún muchas noches.

En el nuevo crepúsculo, las azucenas, los gladiolos seguían immaculados, bajo la cúpula de San Francisco.

Nos contemplamos largamente por encima de los reclinados feligreses, mientras el nombre de Voltaire, como un murciélago alucinado, chocaba y rebotaba contra los ladrillos.

Nos volvimos a perder. Pasaba y se desgajaba la gente, las viejas, los pescadores, los zapateros, los niños. La infelicidad, como un jíbaro, se iba reduciendo. Me tomaron de la mano y me condujeron fuera de la muchedumbre. A distancia y a salvo, nos miramos y sonreímos.

¿Con quién reirás ahora, Clelia Stefans?

Nos llamábamos el Lucho Acuña, el Nano Valdovinos, el Cucho Maturana, el Chico Pinto, el Flaco Guzmán, la Mercedes Gómez, la Consigna, la Hortensia Cáceres. Pero ella, ¿por qué se llamaba así? Clelia Stefans, un nombre más hermoso que el coro y las campanas.

Promediando el Mes de María, me besó. Según práctica rigurosa que había escuchado a los muchachos, le lancé la fórmula consagrada:

—Si está libre su corazón, ¿podría yo ocuparlo?

Se rió.

—Burrito —me dijo. La miré extrañado. Continuó riéndose.

¡Oh, Clelia Stefans; cuánto daño me hizo tu risa en mi juventud!

Mis amigos descubrieron el romance. Me dijeron que era una coqueta, una casquivana, que había tenido amores con muchos. Finalmente uno de los mayores afirmó que había sido suya. No comprendí, y cuando me explicó me lancé furioso contra él.

Algunos amigos me condujeron a una llave cercana, me lavaron y consolaron.

—Apenas lo encuentre me las pagaré —balbuceaba entre hipos—. Me pilló descuidado. Para la próxima lo mato, ¡lo mato!

—Sí, sí, mávalo, pero no llores más.

—No estoy llorando, es que tengo rabia.

Ascendí las callejuelas hasta mi casa. Poco a poco me fui sintiendo feliz: había combatido por ella.

Mi madre preguntó por qué venía tan colorado. Negué que hubiera sido una riña, pero a la mañana siguiente mi cara tenía un subido color morado.

Cuán dulces fueron las manos de Clelia esa noche y el bálsamo de sus labios en cada golpe.

Fui parco en mi relato, alguien había pretendido hablar mal de ella. En verdad tuve mis debilidades; me creyó el triunfador.

Sin duda, Clelia me amaba profunda y apasionadamente. Cada vez me daba besos más prolongados. Se apretaba contra mí, me

ahogaba y tiritaba con un miedo extraño. Día a día encontraba un placer más intenso en esos abrazos que parecían infinitos.

En mi casa, en el colegio, en todas partes permanecía callado, distante.

—El niño está enfermo —dijo mi madre.

—A lo mejor el tonto está enamorado —terció mi hermano mayor.

Tuve miedo de que descubrieran mi pecado.

Recorríamos tomados de la mano las calles adyacentes al convento. En cada zaguán, portal o rincón oscuro nos abrazábamos, nos besábamos largamente. Una noche, Clelia, la esmeralda, me miró con ojos angustiados y pasó sus manos por entre mi camisa. Me estremecí entero. Se hizo costumbre y sus caricias descendían cada vez más.

Quizás había terminado el Mes de María, no nos importaba. Nos besamos y estrujamos violentos; sentía ansias de gritar, de reír, de llorar. Se me secaba la boca y me llameaban los ojos cerrados, mientras sus manos me descubrían. El universo había desaparecido. Me tomó una mano y la llevó bajo su ropa. Allí estaba la vida agazapada, tibia y húmeda.

¡Oh!, Clelia mía, ¿qué hacen tus manos ahora?

Con la respiración entrecortada, no podíamos terminar las palabras.

—Vamos —dijo—, vamos a la Puntilla.

Era un pedazo de cerro despoblado, un balcón frente al océano.

Por el camino mostró un inusitado interés por contarme una extraña historia.

—Hablan mal de mí, pero no creas.

Tenía urgencia en que la comprendiera.

En la Puntilla caminamos a tientas, distinguíamos vagamente formas y contornos, hasta una pequeña hondonada.

—Ven —me dijo.

Pero yo seguía de pie.

Sentí que se reía suavemente.

Empecé a besarla.

Seguí besándola.

Se reía más fuerte.

No hablaba, únicamente se reía por entre mis labios.

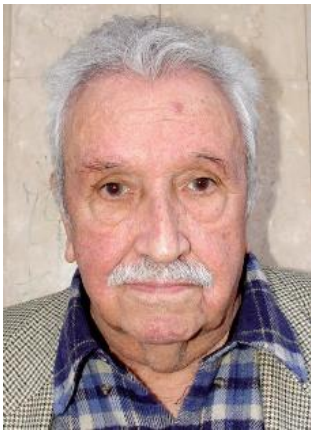
Finalmente se levantó y desapareció en la noche. Por el aire, lejana, llegó su risa, sólo su risa.

Recuerdo el viento y las estrellas que miraban mi desamparo.

Cuánto me ha dolido tu risa, ¡oh, Clelia Stefans!, y ese pedazo de felicidad que pasó sin tocarme.

*

“Clelia Stefans” pertenece al volumen de cuentos *Regreso al Valle del Paraíso*, Santiago, 1995. También en *Hombres con cuento* (Antología, Simplemente Editores, Santiago, 2012)



Franklin Quevedo (Linares, 1919- Santiago, 2012).

Fue ensayista, crítico, cuentista y periodista.

Nació el 2 de octubre de 1919 en Linares, pero su niñez y juventud transcurrieron principalmente en Valparaíso, ciudad que marcó de uno u otro modo al prolífico escritor.

Fue profesor normalista durante 9 años, y luego periodista hasta 1973, momento en que ejercía la dirección nacional de las radios de la Universidad Técnica del Estado desde 1969; siendo detenido y torturado en su mismo lugar de trabajo, y en seguida llevado preso al Estado Chile, luego al Estadio Nacional, y posteriormente a los campos de concentración de Chacabuco, Ritoque y Tres Álamos. Marchó al exilio en 1975 y retornó definitivamente al país en 1990. Sus múltiples obras han sido traducidas al ruso, ucraniano y alemán. Durante sus 15 años en Costa Rica, aparte de crear, fue docente en las Universidades de Costa Rica y Nacional. En su carrera sus creaciones han recibido

varios reconocimientos, obteniendo varios premios como el Premio Pedro de Oña en 1966 y el Premio Alerce en 1964.

Publicaciones:

Todos seremos rosados (1966)

Muñecas, militares y pececitos (1990)

Regreso al Valle del Paraíso (1995)

La tristeza del chileno (Ensayo. Dos tomos, 2000)

Valparaíso navega en el tiempo (2000).